

agua de una fuente: abrevaban en el lago enorme formado por la reunión de muchas fuentes.

Pero el sabio solía descender de las alturas himalayescas. El rector se convertía en el camarada. Y ya en los amplios corredores del claustro, o ya en la sala señorial—olorosa a cosas viejas—venía para sus alumnos la sonrisa acogedora, el consejo saludable, la palabra de aliento. Porque si monseñor Carrasquilla tenía un volcán en el cerebro, tenía otro también dentro del pecho. Aquel porte imponente, aquel andar pausado, aquella voz solemne, aquella cabeza de león, inspiraban algo más que respeto: temor. Y ese temor se desvanecía de improviso. Permanecía en el alma la figura del león, pero se comprendía muy pronto que ese león—como el bíblico—llevaba también un panal en las fauces.

¿Análisis? ¿Elogio? No. Hay reputaciones de tal modo arraigadas en la conciencia común que examinarlas sería profanación. Hay nombres a los que no puede aplicarse un adjetivo porque resultaría pleonástico. Sin epítetos de hojalata y sin frases huecas, se nombra la ciencia y la virtud con sólo pronunciar tres palabras: Rafael María Carrasquilla. Además, el elogio, para que lo sea, debe estar a la altura del elogiado. Y para elogiar dignamente al que hoy lloramos se necesitaría un imposible: que monseñor Carrasquilla pronunciara su propia oración fúnebre.

NICOLÁS BAYONA POSADA

MONSEÑOR CARRASQUILLA

El martes pasado a las nueve y treinta y cinco minutos de la noche, dejó de existir en Bogotá monseñor Carrasquilla, después de un largo estado de inconsciencia en que quedó sumido antes de morir.

Su solo nombre encarna hoy y encarnará en el mañana el símbolo del estudio y del saber, a la vez que la virtud era la amiga inseparable de sus días.

Filósofo profundo, que llegó a hondar el difícil y trascendental metafísico y que aguzó su privilegiada inteligencia en

los más complejos problemas que caen bajo el dominio del conocimiento humano o sea en la ciencia filosófica.

Quien haya estudiado sus conferencias filosóficas o sea ese compendio de la metafísica en el cual no hay una palabra de más ni una palabra de menos, podrá apreciar la labor suprema y el venero predilecto y fecundo de esa mente que supo entregar a sus alumnos la verdad trascendental en sus sabias lecciones de filosofía, algo así como en una copa de riquísima esencia, que él mismo enseñaba a libar, porque el licor que en ella se guardaba no era dado saborear, ni mucho asimilar intelectualmente sin su palabra fácil y sencilla que en estos asuntos compendia la «difícil facilidad» de que habla Horacio.

Cicerón dice en su Epístola III a Súscalo:

«El hombre grande y sabio confiesa gustoso y con orgullo que siempre tiene necesidad de aprender y de estudiar para instruirse y para desentrañar el misterio de la verdad. Solo es propio del semi-sabio creer que todo lo sabe, no sabiendo nada en realidad».

He aquí en estas palabras compendiado el elogio de monseñor Carrasquilla como hombre y como varón grande, porque el libro, pero no el libro de literatura barata y de anemia científica fue siempre y hasta sus últimos días, el amigo inseparable de sus noches y de sus largas horas de estudio.

Por eso, porque tenía a orgullo saber que aún no sabía muchas cosas, por eso repetimos fue sabio y por eso día a día nutría más y más su luminoso cerebro con el grano de la verdad, hasta alcanzar la consagración que los sabios no piden del mundo, pero que siempre alcanzan, porque la ciencia es como la luz que se abre paso al través de la oscuridad, al través de las sombras y al través de todo.

Cuántas de las grandes figuras que hoy se perfilan en nuestra república como hombres de saber, parlamentarios, escritores y políticos, un día recogieron de labios del Maestro eximio, la difícil ciencia que fluía de su clara exposición como un hilo de agua cristalina.

Mente predilecta, cumbre enhiesta del clero colombiano y

luminar de gloria para la patria toda, monseñor Carrasquilla cierra con su muerte una de las puertas del templo de Minerva.

Mañana en el Rosario, al lado de Fray Cristóbal, las generaciones venideras levantarán la mirada para ver vaciada en bronce la figura de un sacerdote católico que reunió en su persona al filósofo profundo, al orador máximo, al exégeta y apologista que defendió los derechos de Dios y de su Iglesia, al teólogo sublime que penetró con humildad en los arcanos que tantos desprecian, porque la mengua del espíritu en veces se llama orgullo y en veces ignorancia, y también verán en ese sacerdote colombiano, al patriota íntegro que en muchas ocasiones desbordó su elocuencia cantando las glorias de la patria, y sacando de las tumbas las glorias olvidadas de sus hijos.

Así como Bélgica guarda el nombre de Mercier, el cardenal filósofo, llamado el Aristóteles moderno, porque encarnó la gloria de su suelo y la profunda ciencia de sus incomparables obras filosóficas, así Colombia guardará el nombre de monseñor Carrasquilla, porque con la muerte del inolvidable rector del Rosario, en nuestra patria se enluta la ciencia y la virtud.

Dejemos que nuestros lectores aprecien la grandeza de este ministro de la Iglesia, no en la vaguedad de nuestras palabras, ya que otras plumas de perfil grandioso, como la del doctor José Manuel Saavedra Galindo, acaba de trazar sobre la memoria del ilustre extinto verdaderos destellos de luz que irradian más y más cuando a ellos se une el calor de la gratitud humana, la virtud de los hombres grandes.

(*La Voz Católica*, Cali).

MONS. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Esta época ha sido fatal sin medida. El odio y la ambición, que entorpecen más cuando se suman a la soberbia que desvanece en las alturas, han malherido la causa de la república que es la misma del partido conservador.



Y la muerte ha venido segando de lo más granado. Del lado civil vemos vacíos los sillones de Marco Fidel Suárez, José Vicente Concha, Jorge Holguín, González Valencia, Pedro Nel Ospina, y del lado eclesiástico falta el gran arzobispo Herrera Restrepo y ahora se nos huye monseñor Rafael María Carrasquilla.

Este egregio patriota es llorado en toda la república y merece el recuerdo y las preces de sus conciudadanos. Pocas veces como ésta salen las resoluciones oficiales tan acertadas en presentar una vida como ejemplo y dechado.

Ahí sí tenemos un verdadero servidor de la patria y de la Iglesia, ideales que se llevaron sus grandes talentos y energías.

Fue un santaferño acabado e inmutable; su corazón, una urna de virtudes sacerdotales; y su inteligencia, fuente de luz prodigiosa.

Pierden la cátedra sagrada uno de sus mejores exponentes, las letras a un estilista de la sencillez y la naturalidad, una generación de sacerdotes a su sabio modelador, y la juventud colombiana a su maestro indiscutible, guión de la más alta y pura intelectualidad y el más brillante rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario.

Para gloria de Colombia queda el ejemplo de su vida, la reorganización del Colegio del Rosario, sus oraciones y discursos, sus lecciones de filosofía y la obra en que refuta la doctrina liberal con la exposición serena y sapientísima de las enseñanzas de León XIII.

(De *La Voz Parroquial*, de Florida, Santander).

ILMO. Y RVMO. MONS. RAFAEL M. CARRASQUILLA

Monseñor Carrasquilla ha muerto! A este duelo nacional se asocia la Congregación Salesiana. Es deber de justicia. El que fue príncipe de nuestros oradores sagrados, gran señor y gran patriota, dechado de caballeros y

modelo de sacerdotes, maestro del idioma y eximio educador, fue también—y a todos sus títulos anteponía éste— incomparable amigo nuestro.

Cuando murió el P. Aime, su «inolvidable amigo» le dedicó una de sus páginas más bellas. Muchos motivos de gratitud nos ligan a su memoria. Por eso, en el próximo número dedicaremos a él las páginas de esta revista. Entre tanto, lleven estos renglones a su familia, especialmente a su hermano don Pedro, la expresión de nuestro pesar profundo y sincero.

(*Don Bosco*).

MONS. CARRASQUILLA

En la Bogotá santaferña, que conservaba mucho de la hidalga cultura española, bajo el gobierno probo de Manuel María Mallarino, en una casona pobre y lustral, nació Rafael, el hijo primogénito del matrimonio formado por don Ricardo Carrasquilla, hijo de Pedro, coronel de la independencia, y de doña Cruz Ortega y Nariño, y por doña Emilia, hija del general José María Ortega y Nariño y de doña Mercedes Párraga, natural de Valencia, apellidada por el Libertador «la heroína de Venezuela».

Don Ricardo murió hace muchos años; y doña Emilia, que murió hace pocos, tuvo el placer de presenciar la fama de su hijo y de que él se dedicara al cuidado de su ancianidad venerable.

Don Ricardo fundó el «Liceo de la infancia», donde «se fue formando desde la más tierna edad el corazón y la cotextura mental de don Rafael María, ora oyendo de los labios de su padre palabras de verdad, menos duraderas acaso que el ejemplo de sus virtudes, ora bebiendo las primeras cristalinas aguas de la literatura castellana y ahondando en el alto sentido de las más severas máximas filosóficas; y fue en ese Liceo donde,

apenas un adolescente, le cobró afición al profesorado, siendo a la vez discípulo y maestro, y avanzando en la difícil carrera del magisterio, con lo cual parecía realizar lo que los patricios romanos querían para sus hijos: que aprendieran el arte de la guerra en el mismo campo de batalla».

Los primeros escritos que publicó, como obras maestras en la forma y en el fondo, fueron acogidas por el *Repertorio Colombiano*. No fue principiante; no necesitó ensayos su mente vigorosa.

En 1881 inició estudios eclesiásticos en el Seminario de Bogotá, dirigido entonces por el doctor Bernardo Herrera Restrepo, ilustrísimo Prínado después, que distinguió al discípulo en grado máximo. En 1883 recibió órdenes sagradas.

Vicerrector del mismo Seminario primero, fue luego cura de almas de la parroquia de Egipto; en Bogotá, mirador desde donde se levanta la mente en la contemplación de la Sabana magnífica. Allí escribió su estudio sobre San Agustín. En 1889 ocupó el curato de la catedral, y tan esforzada fue su obra de apóstol que desde entonces se le conoció como uno de los oradores sagrados de mayor garbo, comparable solamente con el arzobispo Mosquera y Cortés Lee, porque llevaba al pueblo, sin que éste lo supiera, «a través de los más profundos problemas teológicos; lo eleva, por decirlo así, poco a poco, guiándolo por hilo invisible, desde el pie de la montaña luminosa en donde Fray Luis de León ensayaba su lira antigua en forma horaciana y armoniosas modulaciones cristianas, hasta las cumbres inaccesibles en donde San Juan de la Cruz cantaba «la noche oscura del alma» con los pies apenas puestos sobre la tierra y con los ojos profundos ya empezando a columbrar en diáfana lejanía un lampo de la Divina Esencia».

En 1889 fue recibido en la Academia Colombiana,

y elegido presidente de tan docta corporación, que lo fue hasta el día de ayer; la mantuvo, con colaboradores como Caro y como Suárez, a la altura de las más serias de América. Era, asimismo correspondiente de la Española.

Don Carlos Holguín, como Presidente de la República, nombró a Monseñor Carrasquilla rector del Colegio del Rosario en 1890. Contaba el instituto dos siglos y medio desde su fundación. Los rectores de los últimos sesenta años habían sido seculares, y con los cambios de la democracia se había desfigurado el fin que se propuso Fray Cristóbal de Torres, que, según sus palabras, quería que fuese semillero o «seminario de la doctrina de Santo Tomás, y sus colegiales imágenes formadas a la semejanza del Santo Doctor, el cual alcanzó más sabiduría de Dios orando que estudiando».

Contar la historia del Colegio es repetir la de la República. Solamente se observa que Murillo Toro declaró en vigor, en 1865, las Constituciones que dictó el fundador, y que Miguel Antonio Caro reconoció la independencia al Colegio en 1892.

El mismo señor Caro, que conocía y pesaba a los hombres, nombró al doctor Carrasquilla Ministro de Instrucción Pública; ha sido el único miembro del clero que ha ocupado ese puesto directivo en Colombia. León XIII le confirió, por sus obras, el título de doctor en teología. Benedicto XV lo elevó a la jerarquía eclesiástica de Prelado doméstico de Su Santidad. Cuando cumplió veinticinco años de rectorado, el Congreso expidió una ley en elogio de sus merecimientos, y más de diez sociedades científicas y órdenes de mérito de países extraños lo distinguieron con diplomas de honorarlo.

Pero el valor inmenso de ese sol que se oculta no está en la oración perfecta que pronunció sobre León XIII,

ni en la de Pío IX, ni en las de justiciero elogio de Nariño y de Núñez, los trasformadores geniales, sino en la restauración fecundísima del Colegio, donde modeló varias generaciones, en las que se cuentan desde el primer magistrado y Ministros del despacho, gran número de actividades forenses, pedagógicas y eclesiásticas hasta unidades menores, cuya acción se dilata en toda la extensión del país.

Mucho de lo anterior ha sido extractado de un esbozo biográfico que escribió el académico Luis María Mora, con amor de discípulo y con la perfección de las obras maestras. Mi elogio no es capaz de contener la prestancia que exige la solemnidad de esta hora. En la conturbación que produce la muerte del insigne maestro, ante el luto doloroso de la Patria, de la Iglesia, del Clero, del Colegio, de los discípulos incontables, de la oratoria, de la filosofía, de las letras y de la pedagogía es más propio el silencio; que la historia guardará la vida de monseñor Carrasquilla en páginas que no tendrán borrón, y la perpetuará el bronce imperecedero, como tributo de justicia y como ejemplo, para que la admire el porvenir.

GUILLERMO JARAMILLO BARRIENTOS

(Colombia, de Medellín).

MONS. RAFAEL M. CARRASQUILLA

Nació en Bogotá el 18 de diciembre de 1857.

El 8 de septiembre de 1883 fue ordenado sacerdote por el Illmo. señor Carlos Bermúdez, Obispo de Popayán,

En diciembre de 1890 fue nombrado Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, «cuna de la república», instituto del cual puede decirse que fue segundo fundador, como restaurador de las constitucio-

nes que le dio Fray Cristóbal de Torres y del espíritu clásico y tomista de sus enseñanzas.

Doctor en Teología por privilegio pontificio en 1903.

Prelado doméstico de Su Santidad en 1915.

Miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua, correspondiente de la de España, y director de ese sabio instituto, que «limpia, fija y da esplendor» a nuestro idioma.

Autor de las siguientes obras: *Revolución en la Instrucción Pública, Ensayo sobre la doctrina liberal, Lo viejo y lo nuevo en la enseñanza, Lecciones de Metafísica y Ética, Sobre la barbarie del lenguaje escolástico, Historias y Cuentos, Sermones y discursos*, etc

Príncipe de la elocuencia y filósofo que mereció los calificativos de Balmes republicano y de Mercier colombiano por el carácter de las doctrinas que profesó y de las cuales fue maestro insuperable.

Aunque renunció el honor de varias mitras, era por consentimiento nacional la figura más destacada del clero y de la república y la Iglesia pierde una de sus más fuertes columnas con la desaparición de este hijo dilecto, descendiente de próceres, que fue también patriota eximio.

En el abatimiento de esta hora nos es imposible expresar la magnitud de la pena que nos causa la desaparición del Maestro, y nos falta la serenidad necesaria para consagrarle homenaje digno de sus merecimientos y de nuestra gratitud.

El Director de *Colombia* cuenta como el mayor orgullo de su vida haber sido discípulo y haber merecido la predilección de monseñor Carrasquilla. Ese es al mismo tiempo su más grave compromiso ante la sociedad.

Lux aeterna luceat ei.

(Colombia, de Medellín).